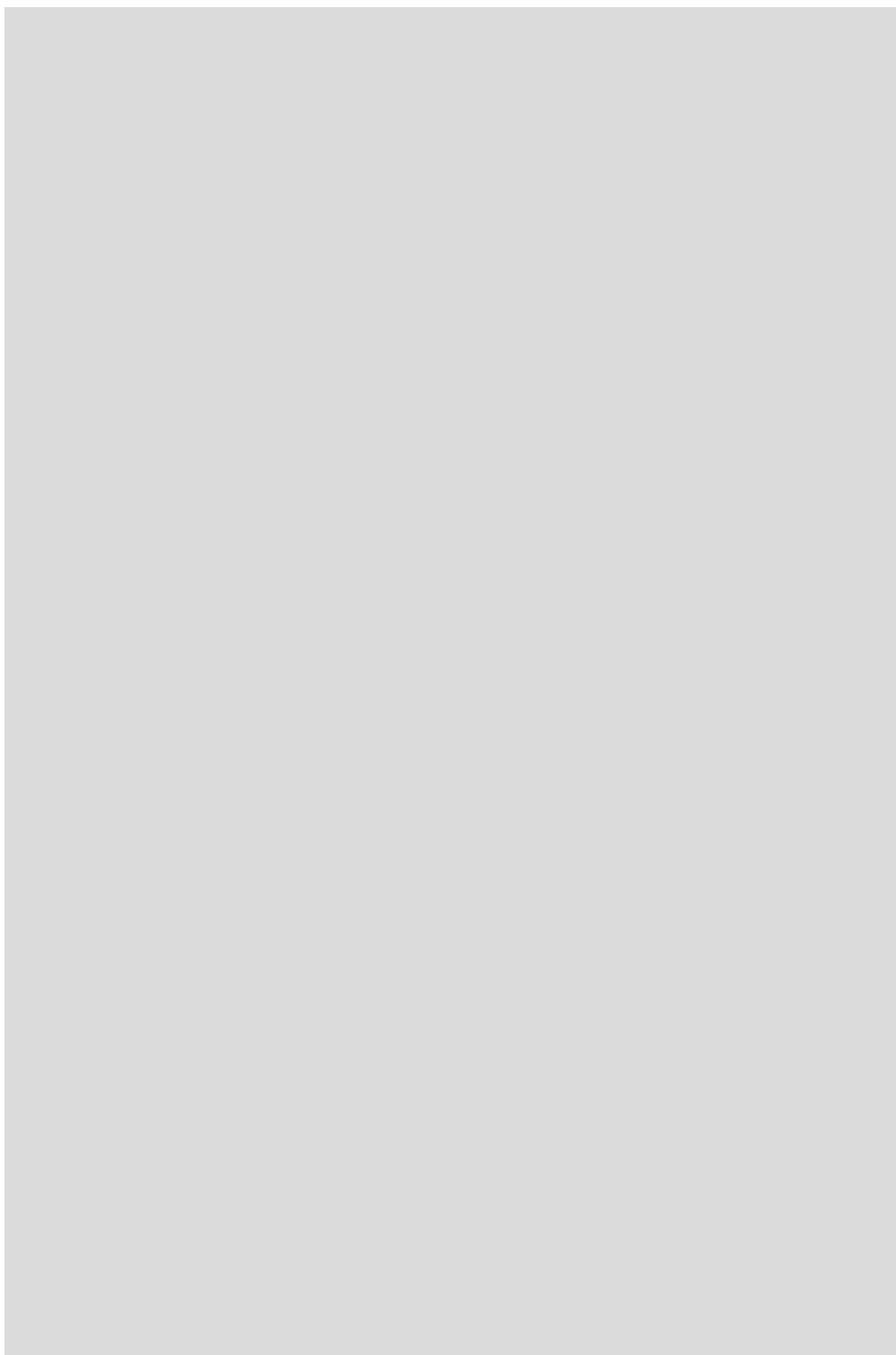


La casa de La Llorona

Jorge Sánchez Jinéz



Capítulo 1

La casa de La Llorona

Jorge Sánchez Jinéz

Mama y papá habían salido a la ciudad desde la mañana para reponer los víveres de este mes. Puesto que anoche había caído una tormenta no regresarían hoy. Se hospedarían en un hostel barato y volverían hasta mañana por la mañana. Arturo y yo teníamos oportunidad de entrar en un viejo edificio de adobe, al cual ellos nunca nos dejaban entrar porque decían que encerraba muchos misterios. Le llamábamos La casa de la Llorona.

–¿De verdad quieres ir, Juan? –preguntó mi hermano, acurrucado en un sillón de la sala de estar–. La gente dice que anda rondando un espantapájaros que convierte a los niños en cabezas de calavera –se descuajó del sillón un poco y se levantó para mirarme a los ojos.

–Suenas divertido. Te imagino convertido en un muñeco con cabeza de calavera –le dije, y fui corriendo desde mi silla para moverle la cabeza de un lado para otro–. ¡Cabeza de calavera, cabeza de calavera, uhhh! –me burlaba y salté sobre él para provocarlo.

–¡No molestes! Si quieres ir, vayamos ahora mismo –me dijo muy seguro de sí mismo, dándome un empujón que me alejó de él. Ya sentado, se colocó la mano en la cintura y dijo: –Yo no tengo miedo, ni un poquito. Lo juro.

–Arturo, es de día. La aventura sería aburrida –repuse, enseñándole la lengua–. La diversión comienza por la noche.

–Ni se te ocurra –objetó arrellanándose en el sillón, con un mohín de disgusto.

Algo dentro de mí deseaba más que nada en el mundo salir de casa y adentrarse en un lugar peligroso. Quizás no tanto por lo que todos sabíamos falso, sino que resultaba necesario invertir una buena caminata bajo el sol, o llevar iluminación durante la noche y arriesgarse a ser mordido por un búho o escuchar un murciélago.

–Tengo una idea –le dije–. ¿Qué tal si comemos algo para llenarnos de energía? Esperamos a que se oculte el sol, y entonces vamos a La casa de Llorona. Dicen que cuando llega la medianoche y hasta la madrugada aparece ese espantapájaros. Se dice que suceden cosas terroríficas allá

adentro.

–No lo sé –Arturo entornó los ojos al techo, quizás pensando en aquellas fantasías–. ¿Y si todo eso es cierto? No quiero convertirme en un niño con cabeza de calavera –dijo, su tono era de burla. Yo lo conocía y él no esperaba, ni por asomo, que todo eso fuera cierto.

–Serán bobadas, como en todas las historias de terror –le dije, abrazándolo, tratando de protegerlo de un lugar en el que aún no entrábamos–. Si vamos esta misma noche todo saldrá bien. Estoy seguro.

De repente, afuera en la ventana, se escuchó el rasgar de unas uñas filosas contra el cristal, seguido del ulular de un ave. Nos quedamos en silencio por un momento. Corrimos hacia la ventana en espera de algo extraordinario. Pero sólo vimos una figura alejándose, y escuchamos el aleteo de sus alas en el aire.

–¡Esos pajarracos! –pronuncié en voz baja, pero lo suficientemente fuerte como para que Arturo escuchara mi voz.

–Juan... –mi hermano intentó decir algo, repitió mi nombre varias veces. Pero nunca conoceré lo que dijo o intentó decir. Instintivamente le puse el dedo índice en la boca para callarlo y no dijo más. Actué como si algo secreto se hubiese apoderado de mis actos y de mis palabras.

–Eso no te asustará, ¿o sí? –le pregunté acercándome a él.

No respondió. Lo noté distraído.

–Tengo una idea –continué con aquello que se me ocurría–. Tracemos un plan. Si sabemos qué hacer y cómo hacerlo nada fallará –intenté mostrarme seguro y contagiarme de mi entusiasmo.

Al principio la cosa no le gustó nada a mi hermano, y debo aceptar que a mí tampoco empezaba a gustarme, por alguna razón desconocida. Ir de noche a La casa de La llorona era totalmente distinto a ir de día, con los rayos del sol y con la tranquilidad de saber que podíamos volver a casa con tiempo suficiente, antes de que mamá y papá llegaran y descubrieran que anduvimos husmeando. De cualquier forma actuamos según el plan que nos inventamos entre los dos. Era simple y perfecto. Nada fallaría, estábamos seguros. En realidad yo estaba un poco más seguro que mi hermano menor. Iríamos a La casa por la noche, comprobaríamos que no existen esas bobadas que dice la gente y nos volveríamos a casa en la madrugada. Antes de irnos nos llenaríamos el estómago, porque una vez fuera no había manera de alimentarnos.

–Juan, ¿de verdad quieres ir? –preguntó mi hermano levantando las cejas, colocándose un cojín para cubrirse los ojos. No se notaba muy seguro.

–Es una oportunidad única –le dije–. No habrá otra en mucho tiempo.

–En serio no quiero convertirme en algo raro –protestó y me abrazó como pidiéndome que permaneciéramos en casa.

–Seremos cuidadosos –le dije simplemente, pues no atiné a decirle otra cosa.

–Confiaré en ti.

Yo lo conocía y él a mí. Desde que éramos unos bebés habíamos vivido juntos y yo estaba seguro que de verdad él no deseaba ir a donde La llorona. Se dice que los niños pequeños tienen viva su intuición, cosa que no sucede con los adultos y los niños más grandes. Arturo era un niño pequeño. Pero algo en mi interior, más instintivo que el miedo de mi hermano, me invitaba a salir al frío de la noche y adentrarme en la oscuridad, costase lo que costase.

–De acuerdo, cuidaré de ambos. De ti y de mí.

–¿Es una promesa? –me miró con las cejas levantadas.

–Es una promesa –repetí. Estiré el brazo, mostrando la palma de la mano hacia el frente.

–Espera –dijo Arturo, con tono dubitativo–. ¿Si sucede algo malo?

Le contesté que nada malo sucedería, que estaríamos bien. Cierto, una curiosidad secreta me punzaba con insistencia, me decía que algo estaba saliendo mal, muy mal. No quise atender mi intuición.

–Hagamos lo siguiente –dije, de repente–. Sólo por precaución, avisemos a la señora Carmen que saldremos a dar un paseo y volveremos más tarde. En caso de que algo falle, ella avisará a mamá y papá, ¿estás de acuerdo?

Arturo no se mostró del todo convencido, pero no teníamos más opciones. Nos levantamos de nuestros asientos y fuimos a donde la señora Carmen. Ella era nuestra vecina más cercana, había vivido muchos años junto a nosotros, e incluso a veces cuidaba de nosotros, mientras papá reparaba alguna fuga de agua o mamá cocinaba la cena. Salimos guiados por las luces tenues de las linternas y al cabo de algunos pasos nos encontramos frente a la casa de la vecina. Tocamos la puerta y de inmediato abrió la

anciana de pelo cano.

–Qué gusto verlos –dijo, cubriéndonos entre sus brazos delgados y maternales–. ¿Quieren unas galletas y té? Recién horneé algunas –de inmediato percibimos el olor de la harina tostada en la nariz y vimos el vaporcillo que se escapa de una tetera. La señora Carmen nos hizo pasar. Nos sentamos a la mesa.

–No tenemos mucho tiempo –dije, en un intento de mostrarme amable.

–Cierto, debemos ir con La llorona...

–Shhh –murmuré al oído de Arturo.

–Quiero decir... que iremos a dar un paseo en el campo y volveremos más tarde.

–Si ustedes quieren, me gustaría acompañarlos –sugirió la anciana mirándonos con sus ojos tiernos, mientras acercaba a Arturo para tomarlo de la cabeza y darle un cariño.

–Oh, no quisiéramos que se cansara. Vamos a correr por todos lados, treparemos a los árboles, cortaremos algunas flores y quizás molestemos a algunas abejas o buscaremos un nido de pájaro. Además no tardaremos mucho, ¿verdad Arturo?

–Cierto –mintió mi hermano. Había fingido muy bien el miedo que lo embargaría más tarde y que, a mí me pareció, ya sentía desde aquel momento.

–Bien. En todo caso, permítanme –la señora Carmen se dirigió a la estantería de la cocina, abrió un cajón y extrajo una hojita de papel–. Su madre dejó escrita esta nota antes de irse. Iba un poco apresurada, pero me pidió se las entregara en las manos. Le interesaba que la leyera. Dijo que era importante.

Arturo estiró la mano para recibir la hojita de papel.

–La leeremos en el camino –dije. Arturo se echó la nota en el bolsillo de la chamarra–. No queremos llegar tarde a nuestra cita con las abejas. Echamos a correr fuera. Mientras salimos la señora Carmen nos gritó que regresáramos antes del anochecer y que no nos metiéramos en problemas con las abejas.

–Desde luego que no –le gritamos, despidiéndonos con un ademán–. Por supuesto no nos meteríamos con las abejas, pero sí que saldríamos al

campo y volveríamos en la madrugada.

Luego de ir a casa de Carmen regresamos a la nuestra para esperar la llegada de la noche. Tomamos una sopa de verduras que mamá cocinó antes de irse. Luego zampamos unas tortas de pollo y espinacas. Bebimos agua sabor melón, y como postre una mandarina. Después de todo la comida fue abundante, por lo cual nos quedamos dormidos un buen rato en la sala de estar. No fue necesario ir a nuestras habitaciones para conciliar el sueño. Cuando despertamos vimos que anochecía. Fuera ya aparecían estrellas en el cielo. Todo se desarrollaba de acuerdo al plan. De pronto, un rumor silencioso llenó la casa varios minutos. Permanecemos sin movernos, cada uno en su sitio, sin encender ninguna bombilla, o al menos el televisor que nos diera sus luces apagadas y sus voces de hombres y mujeres actuando una historia. Reflexionamos sobre el peligro de esta aventura, pero saldríamos de casa. Al final todas aquellas historias no tenían un fundamento real. La gente lo decía por el pueblo y punto. Se trataba de cosas falsas y por lo tanto sólo comprobaríamos su falsedad. Me dije a mí mismo: ¡mira si encontrar un espantapájaros que convierte a los niños en calavera no es una bobada!

–¡Juan, tienes que ver esto! –me llamó mi hermano despertándome de mi fantasía–. Mira lo que encontré en la caja de herramientas de papá.

–¡Ey, no me apuntes con eso! –le dije, cubriéndome la cara con las manos, para evitar una luz cegadora. Mientras yo imaginaba todo aquello, Arturo consiguió un par de linternas de buen tamaño–. Haz algo útil con esa linterna –repliqué.

–Claro –dijo, tomando el objeto con una mano y con la otra, delante del cristal, dibujó pequeños conejos que se proyectaban en la pared.

–Las baterías están cargadas Qué buena suerte –le dije emocionado. Después de todo así resultaría sencillo adentrarnos en cualquier lugar.

–No perdamos tiempo.

Salimos de casa con pasos apresurados. De la misma forma apresurada, entre las sombras Arturo y yo leímos la nota de mamá. Sólo decía que no nos acercáramos a La casa, porque en verdad dentro existía un espantapájaros muy peligroso. Ambos pensamos que mamá sólo deseaba asustarnos, y no le tomamos importancia. Por lo cual el trayecto a La casa fue tranquilo. Arturo y yo jugamos a escondernos tras los troncos de los árboles y nos lanzamos hojas sobre la cabeza. Vimos cómo los pajarillos se alejaban en bandadas, para resguardarse del frío que se aproximaba con la noche. En realidad no hubo complicaciones. Las linternas nos fueron útiles para mantenernos en el camino correcto. No encontramos animales que nos persiguieran, y como prometimos a la vieja Carmen, no

molestamos a las abejas.

–Por fin llegamos –frente a nosotros apareció La casa de La llorona.

El nombre no representaba la fragilidad que se veía a leguas. Sólo se trataba de una vieja casona de dos pisos, sin ventanas, media derruida del techo, y con una chapita de metal desvencijada. Desde hace mucho la verja había sido tirada por el aire o por el tiempo, pero nadie la había quitado, ni siquiera los pepenadores de basura que andaban por el pueblo.

–¿Ya podemos volvernos a casa? –preguntó Arturo.

–Desde luego que no –respondí, dándole un leve empujón–. Recién llegamos y tú quieres irte. Vaya que eres miedoso, Arturo.

Nos acercamos al porche, abrimos la puerta. Las paredes lucían repletas de caracoles y el olor a humedad nos atacó directo las aletas de la nariz. Un cúmulo de telarañas invadía el barandal de las escaleras que subimos, para explorar el segundo piso. Aquí abajo sólo había sillones cubiertos con mantas blancas, llenas de polvo, enseres domésticos en desuso, y un piso lleno de mugre.

–Cada día envejece más –dijo Arturo refiriéndose a La casa, al tiempo que los escalones crujían bajo sus pies–. De seguir así, pronto será una ancianita.

–Quizás pronto le salgan arrugas –las telas de araña guardaban un montón de insectos en su tejado. Era necesario agacharme para esquivar moscas, grillos y catarinas secas. Nos habríamos pasado con las linternas. Aun así la iluminación apenas era suficiente para identificar los recovecos de La casa de La llorona.

–Tienes razón –escuché una voz que arremedaba la mía.

–¿Tú dijiste eso, Arturo? –me pareció escuchar a mi hermano.

–¿Yo dije qué? –preguntó azorado, levantando las cejas. Caminaba detrás de mí. De alguna forma entendí que él usaba mi cuerpo como escudo protector ante la oscuridad y el montón de bichos muertos en el camino–. Yo no he dicho una palabra, estás loco –dijo muy serio, y siguió avanzando.

Llegamos al segundo piso. Un aire frío nos estremeció por completo. Pegábamos los brazos al cuerpo y nos guardamos las manos en los bolsillos del pantalón, para procurarnos un poco de calor.

–Esto no me gusta nada, Juan –chilló Arturo. Esta vez sonaba asustado de verdad–. Será mejor irnos.

Yo pensé que deberíamos quedarnos un poco más de tiempo. Ese algo que, sin descanso, había rondado todo el día en mi cabeza, ahora surgía más claro. Permaneceríamos allí. Aunque un miedo atroz se apoderaba de mí, instante tras instante.

–No le temas a lo real –escuché de nuevo la voz de las escaleras.

–Arturo, por favor. Deja de murmurar cosas –le dirigí un gesto hostil, me sentía molesto.

–No he dicho nada. Lo juro –se mostró sensible ante mi regaño. Sus ojos se entristecieron por un instante y levantó los hombros–. Con este frío apenas se puede caminar.

Creí que sería bueno dejarlo en paz. Si lo fastidiaba las cosas saldrían mal, estaba seguro de eso. Miramos alrededor nuestro. Las ventanas estaban rotas. Entre los vidrios deformes se colaba un aire que enfriaba todavía más el ambiente. Iluminamos con las linternas hacia el frente. Los haces de luz nos mostraron un montón de cajas de madera apiladas por todos lados.

–Todo es real –se escuchó una vez más. Las palabras provenían de una voz aguda, como de mujer y que, sin embargo, no parecía humana.

Arturo estaba nervioso. Esta vez él también escuchó la voz. Se llenó de miedo y soltó la linterna. Los haces de luz apuntaron a un armario empotrado en el fondo de la habitación. La puerta del mueble se abrió con lentitud. Me extrañó que los goznes de las puertas no chirriaran, como en los cuentos de terror. Bajo la oscuridad surgió una silueta enorme. Después se advirtió la figura con claridad. Se trataba de una lechuza. Alta, de plumas brillantes. Calzaba zapatillas y llevaba un sombrero puntiagudo en la cabeza. Al acercarse sus pasos resonaban en el piso. No hay escapatoria, pensé.

–Así es. No hay escapatoria –dijo la lechuza, adivinando mi pensamiento. Extendió sus alas frente a nosotros.

Una nube de gusanos comenzó a brotar de las paredes. Montones de ratas salían bajo los tablones del piso. Insectos y roedores se acercaban colocando sus ojillos tenebrosos encima de nosotros.

–Sé que tienes miedo, pequeño Arturo –dijo la voz inhumana. Mi hermano me miró en los ojos, aterrado. Me abrazó con su cuerpecito delgado.

De pronto, nos encontramos acorralados por el ave gigantesca. Era La Llorona. Todos se encontraban a tres pasos de nosotros. Los gusanos chillaron como perros, y las ratas se alzaron en dos patas, como si fueran humanas. La escena parecía sacada de un sueño. Cierto, no había un espantapájaros en este lugar, como leímos en la nota de papel. No al menos hasta ahora. En cambio vivía allí una lechuza que ululaba, que con su feo canto llenó la habitación y que abrió su pico tan grande que vimos sus dientecillos filosos y su lengua como una ola de agua negra. Ella se acercó un poco más. Sentimos miedo. Cuando estaba a punto de tragarnos escuchamos cómo alguien golpeó con los nudillos la puerta de entrada. Arturo y yo tan sólo deseábamos que se tratara de papá y mamá, que habían regresado por nosotros.